

NOTAS Y COMENTARIOS

Sebastián, la cultura

JUAN GARGUREVICH REGAL
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
jgargure@pucp.edu.pe



Los dramaturgos dicen que siempre fue suyo; los periodistas insisten en que nunca salió de la redacción; los poetas no dudan en colocarlo en sus filas; los críticos de arte lo pretenden; los políticos de izquierda alegan que fue, por sobre todo, hombre de filiación y de fe, socialista ardoroso; los sociólogos aseguran que nadie describió antes tan bien a Lima y lo limeño. Y él mismo decía que hubiera preferido ser actor.

Todos reclaman a Sebastián Salazar Bondy y tienen razón. Lástima que siguió el destino de los igualmente precoces Mariátegui, Valdelomar y murió en 1965 a los escasos 41 años, convertido ya en el más importante periodista y animador cultural que hemos tenido.

La noticia de su muerte sacudió a Lima y su entierro fue multitudinario. Las notas periodísticas, lamentando su desaparición, se sucedieron en diarios y revistas hasta sobrepasar el centenar. Todos se sintieron obligados a decir algo.

José María Arguedas era el director de la Casa de la Cultura en esa época y no halló mejor manera de rendirle homenaje que llevar sus restos a su local institucional, en la plazuela San Francisco, una antigua casa colonial restaurada en evocación de los tiempos coloniales que precisamente el ilustre fallecido detestaba. Por eso su principal biógrafo, Hirschhorn, se quejaría de la decisión: "...Qué lugar menos apropiado

para el hombre que fustigó el mito de la Arcadia colonial! ¡Qué mentira para el hombre que simbolizaba la integridad cultural del Perú...”

Delante de su féretro hablaron Alberto Ruiz Eldredge, por el Social Progresismo; Abelardo Oquendo y José Miguel Oviedo, por sus amigos; Alberto Tauro del Pino, por la Biblioteca; Estuardo Núñez, por San Marcos. Y por la Sociedad de Escritores, de la que Sebastián era vicepresidente, habló Washington Delgado, quien lo describió así:

Todos los géneros pasaron por su pluma inagotable: la comedia, la tragedia, la farsa, el ensayo, la crítica literaria; el cuento, la novela, la fábula, la poesía rimada, el verso libre, la prosa poética. No solo escribió para la escena o para el libro, se prodigó también en la revista y el periódico, y tuvo tiempo, todavía e inexplicablemente, para dictar conferencias y asistir a congresos y encuentros de escritores donde siempre brilló su ingenio, la belleza de sus palabras y la hondura de sus ideas...

(...)

Vivimos en edades oscuras, ha dicho gráficamente, exactamente Bertold Brecht Y porque vivimos en la oscuridad, buscamos y nos agrupamos en derredor de las pocas luces que, heroicamente, aparecen. Nos reunimos, como ahora, ante quien encendió su lámpara y la elevó y mantuvo en alto y al morir nos la deja para que la alimentemos con el mismo fervor suyo y no dejar que nunca se apague.

Los escritores del Perú lamentamos la temprana muerte de Sebastián, el vacío que deja hoy para mañana, para siempre. Pero nos consuela saber que su recuerdo no será un nombre vano que el tiempo difumine y borre porque su recuerdo está encarnado en una obra literaria grande, hermosa y profunda que los años habrán de acrisolar continuamente.

Pocos tan limeños como Sebastián, que conoció tanto la ciudad que trazó su retrato más certero y descarnado en el célebre ensayo “Lima la Horrible”, reconociendo que Lima “hizo a su autor e hizo su aflicción por ella”.

En junio de 1965, a pocos meses de su muerte, improvisó una autobiografía en el tantas veces recordado Primer Encuentro de Narradores Peruanos, en Arequipa. Y contó de su barrio, su familia, amigos y viajes. Leamos algo de su relato.

“Nací en la calle Corazón de Jesús, en el barrio de la Chacarilla, en Lima, al lado de la Iglesia de los Huérfanos, en el corazón de la ciudad. Mi hogar fue un hogar de la clase media, un típico hogar de la clase media, formado por familias que venían de la provincia, viejas familias propie-

tarias, pauperizadas por la invasión imperialista y, también, por la vida de lujos, de pompa, de señorío aristocrático que habían llevado en sus propias tierras natales. Y también descendiendo de emigrantes franceses, posiblemente, si los pruritos genealógicos de un primo mío no han fracasado, de una familia judía del ghetto de Praga. Mi padre emigrado del Norte, de Chiclayo, se hizo de una relativa posición social y económica en el comercio, que hizo crisis alrededor de 1933, con una quiebra y con su muerte.

Aquí también habló del colegio San Agustín (del que hizo mayores referencias en Lima la Horrible) y del “mundo de las represiones, de las inhibiciones, de las prohibiciones, de los prejuicios (...) Es alrededor del quinto año de primaria, cuando tendría yo 10 ó 11 años, cuando aparece en mí una necesidad de expresión que cumplí escribiendo poesías y novelas ocultamente y que mis profesores no descubrieron jamás”.

Fue precisamente en aquel colegio en que conocí a Sebastián (lo llamaremos así de ahora en adelante) hacia el año 1951 –si no recuerdo mal. Los mayores editábamos la revista “Mundo Agustiniiano” reunidos en una pequeña habitación con estantes donde reposaba la colección de “Mundos” anteriores.

Un día entró el padre Benito, el director, acompañado de ese joven delgado y elegante y nos dijo que era un ex alumno, poeta y periodista, que había colaborado con la revista hacía años y que quería buscar algo en la colección.

–Aquí publiqué algunos materiales... vengo a ubicarlos –nos contó el visitante luego de saludarnos con cordialidad inesperada. Supimos luego que en “Mundo Agustiniiano” también habían publicado su hermano, el filósofo Augusto, y el poeta Alejandro Romualdo Valle.

Nunca me olvidó. Las pocas veces que volvimos a conversar me saludó, afable, diciendo “Ajá, el agustino”. Yo tampoco, por supuesto, porque nos había unido la experiencia de curiosear, en años distintos, por los umbríos y silenciosos claustros agustinos, encontrar la sacristía de la iglesia y ver en un rincón oscuro la aterradora escultura “La Muerte” de Baltasar Gavilán, un esqueleto que levanta el arco y tensa una flecha para el siguiente que llevará al Infierno...

Pero lo vi en muchas ocasiones porque el centro de Lima era pequeño y los periodistas frecuentábamos los mismos lugares, encontrándo-

nos con frecuencia. Era fácil encontrarlo en cafés como el Dominó de las Galerías Boza; el Hueco de la Pared, en la calle Jesús María, donde lonchaba; el Bar Zela en la Plaza San Martín; el café San Martín un poco más allá donde reinaba el turrón de Doña Pepa, el café Viena, reino de los pintores; y claro, en la legendaria librería de Juan Mejía Baca y la vecina Panadería y Pastelería Los Huérfanos.

También pude verlo en la Plaza San Martín, en febrero de 1956, en un agitado episodio de la política nacional. El presidente Odría había mandado asaltar el diario *La Prensa*, en el jirón de la Unión, y ordenado apresar a su director Pedro Beltrán y a todos los redactores, acusándolos de subversión. Y los periodistas de *La Crónica* (entonces en la Av. Tacna) llegamos corriendo a tiempo para ver cómo conducían a un apretado grupo de colegas hacia la cárcel. Entre ellos, entonando con energía el Himno Nacional, estaba Sebastián. Todos terminaron en la isla penal El Frontón por una breve temporada.

–“Agustino, pregúntale algo” –me dijo cuando un puñado de periodistas nos sentamos alrededor del actor francés Jean Vilar, que visitaba Lima con su compañía. Era una conferencia de prensa en el Hotel Bolívar y Sebastián, amigo del artista, traducía preguntas y respuestas.

Pocos años después, hacia 1962, lo entrevisté en su casa, cerca del cine Canout, en Miraflores, para una revista institucional que publicaba la Backus y Johnston y pude entonces conversar con el afamado colega por un par de horas; y conocí a su esposa Irma y a su lindísima hija, Ximena.

Sebastián y Augusto Salazar Bondy estuvieron entre los fundadores y animadores del Movimiento Social Progresista, de izquierda independiente no prosoviética, que tuvo presencia importante en el proceso electoral de 1956. Su local quedaba en el jirón Chíncha y se reunían allí para planificar acciones y comer.

Efraín Ruiz Caro, también fundador del MSP, contaba que un día alguien tocó la puerta con insistencia a la hora del almuerzo y Luis Felipe Angell, Sofocleto, quien por entonces era miembro del Movimiento, asomó a la ventana para averiguar quién interrumpía:

–¡Qué pasa!

–Por favor, el señor Salazar Bondy...

El ingenioso Sofocleto no lo pensó dos veces y contestó:

—¿Cuál de ellos? ¿El que piensa o el que escribe?

Sebastián solo tenía 22 años cuando fue llamado por Matilde Pérez Palacio para dictar el curso “Principios de periodismo y Redacción de originales” en el novísimo Instituto de Periodismo de la Universidad Católica, en 1946.

Doña Matilde quería los mejores profesores y le recomendaron a ese joven que era ya un veterano de la crónica y la columna.

Y es que Sebastián, que había concluido el colegio a los 16 años, ingresó a la Universidad de San Marcos, se aburrió del Derecho y buscó trabajo en el periodismo, ingresando por primera vez a *La Prensa* en 1944. La dirigía Guillermo Hoyos Osoreo y era la época en que el diario de Baquijano daba tumbos, pues todavía no lo había asumido Pedro Beltrán. A los pocos meses ya era el Jefe de Redacción porque era difícil encontrar en el medio a alguien de la lucidez y capacidad de trabajo de ese joven capaz de redactarse el diario entero.

Pero *La Prensa* decidió apoyar la candidatura del Mariscal Eloy Ureta, para las elecciones de 1945 y Sebastián, que era partidario de José Luis Bustamante y Rivero, se vio obligado a renunciar.

Para completar el presupuesto asumió cursos de literatura e historia en los colegios Italiano, Guadalupe, Lord Cochrane. Poco después su nombre estará en las revistas *El Mundo*, *Jornada*. Será Jefe de Redacción de *Turismo* y después redactor principal del nuevo diario *La Nación*.

Todavía persistirá en la enseñanza con el curso de literatura de la Escuela Nacional de Bibliotecarios, seguramente llevado por Jorge Basadre, a quien había asistido por una temporada en la etapa de reorganización y construcción de la nueva Biblioteca

Y en medio de esa casi febril actividad laboral —que llamaba la atención por su aspecto aparentemente frágil— frecuentaba los círculos artísticos junto con sus nuevos amigos Sologuren, Eielson, Blanca Varela y su esposo Fernando Szyslo, Emilio Adolfo Westphalen, José Bresciani y prepara y publica la antología *La poesía contemporánea del Perú*.

En 1946 su vida de periodista y poeta dio un vuelco porque llegó a Lima la famosa compañía teatral de la gran republicana exiliada Margarita Xirgú, que traía nada menos que a Santiago Ontañón, el escenógrafo de García Lorca. En el elenco brillaba la talentosa actriz Ina Ledesma,

de quien Sebastián se enamoró como un colegial. Y así también reafirmó su pasión por el teatro escribiendo *Amor, gran laberinto* que mereció el Premio Nacional de Teatro al año siguiente.

Pero Lima no tenía suficiente espacio para desarrollo de una actriz como la Ledesma. Y entonces decidieron vivir en Buenos Aires.

Un intelectual de su envergadura no podía pasar desapercibido y muy rápido se vinculó con literatos de su generación, como Julio Cortázar, y exiliados españoles, escribiendo para el diario *La Nación* y trabajando de planta para la Editorial Losada. Y de paso, asistiendo a cursos libres de filosofía y letras en la Universidad de Buenos Aires.

Contó alguna vez que cuando llegó pasó momentos muy difíciles. Urgido de dinero debió vender hojas de afeitar como ambulante; luego logró una plaza de corrector de pruebas y finalmente ingresó al diario citado.

Publicó dos poemarios, fue llamado a escribir a la célebre revista *Sur* de Victoria Ocampo pero su aventura bonaerense llegó a su fin; la unión con la actriz no marchaba y decidieron que era mejor poner fin a la relación.

Regresó entonces a Lima poniendo su mayor interés en el teatro; y tanto, que el Ministerio de Educación lo contrató, en 1950, para reorganizar la Sección de Teatro. En años sucesivos estrenará varias obras y obtendrá nuevamente el Premio Nacional de Teatro por su drama *Rodil*.

Y por supuesto sigue escribiendo de todo lo relativo a la cultura desde la Página Editorial de *La Prensa*, a la que reingresó en 1952, pese a sus posiciones políticas opuestas a las propugnadas por el nuevo propietario Beltrán, representante de la oligarquía agraria.

Por ejemplo, junto con su hermano Augusto, estará entre los fundadores en 1955 del Movimiento Social Progresista, ya citado, una nueva apuesta por la izquierda; y pondrá su gran experiencia periodística y su pluma, al servicio del periódico del grupo, el semanario *Libertad*. Se juntó allí lo mejor del liberalismo intelectual de aquellos años y al poco tiempo comenzaron a recibir ataques de todas las otras tiendas políticas. Por ejemplo, Eudocio Ravines los señaló como agentes del comunismo internacional y el Partido Comunista insistió en que eran una creación del imperialismo yanqui y la CIA para dividir y debilitar al movimiento obrero en su marcha triunfante hacia la revolución.

En 1956 hará un viaje decisivo a París, becado por el gobierno francés para estudios de teatro. Al retornar, recibe en 1958 el Premio Nacional de Periodismo por conjunto de artículos sobre temas culturales.

En total, en las dos etapas que trabajó en *La Prensa* escribió exactamente 1 505 artículos, la mayoría sobre cultura.

Radicalizado, distante del pensamiento de Beltrán, no podía seguir en *La Prensa* y renunció pensando quizá dedicarse totalmente a la literatura. Había polemizado con su propio diario varias veces, primero sobre el tema de la planificación estatal y luego sobre las propuestas económicas del Padre Lebret, un reputado economista francés cuyas ideas apoyaba. Enterado de su salida Luis Miró Quesada lo invitó inmediatamente a escribir en *El Comercio* sin condiciones; y allá trasladó su talento creativo y polémico el prolífico Sebastián, en mayo de 1959. Y su primer artículo fue de elogio a la propuesta del Padre Lebret.

Uno de sus amigos más cercanos y también militante del Social Progresismo, el crítico José Miguel Oviedo, recordaría el episodio muchos años después:

Lo vi muchas veces en la vieja redacción de *La Prensa*, donde lo esperaba mientras él tecleaba furiosamente en una destartada máquina de escribir. Era un hombre de izquierda y su posición dentro del diario, conducido con mano férrea por Pedro Beltrán, se iba haciendo crecientemente más difícil. Tuvo que renunciar y pasó luego a colaborar en *El Comercio* con artículos sobre cultura y política que yo nunca dejaba de leer; como por esos años yo colaboraba en la página literaria del *Dominical*, nuestros encuentros allí eran frecuentes.

Hermanados por su amor al teatro había hecho gran amistad con la actriz Lucía Irurita y su esposo, el escultor Carlos Bernasconi, y otros actores que habían fundado la “Compañía de Teatro Irurita”, todos empeñados en promover una sala teatral en el pequeño auditorio de Radio Mundial en el jirón de la Unión, al lado de *La Prensa*. Y un día, cafeteando, Bernasconi y Sebastián coincidieron en su admiración por Flora Tristán, ese dramático personaje de la historia peruana. A las pocas semanas, Sebastián los llamó para leerles su nueva obra *Flora Tristán*, escrita pensando en Lucía para el rol central. Fue estrenada con éxito en el Teatro Mundial en ese 1959.

Su participación en *El Comercio* eran su columna “El Laberinto y el Hilo” y ensayos breves en el Suplemento *Dominical*, todos sobre cues-

tiones culturales porque la política la hacía en “Libertad” donde mantenía la columna “La Honda de David” con su nombre y hacía crítica política con los seudónimos de “Pepe Chacarilla” y “Pepe Cocharcas”.

La Revolución Cubana había sido adoptada con adhesión incondicional por los progresistas, y a tal punto que *Libertad* era prácticamente un propagandista oficioso del proceso. En su colección pueden leerse amplios textos dedicados a Fidel Castro, Che Guevara, entrevistas, noticias (incluso una hoy rara extensa crónica del humorista Sofocleto sobre su viaje a La Habana cuando todavía militaba en el partido).

Sebastián, por supuesto, participaba de tal entusiasmo y polemizaba ardorosamente con sus antiguos colegas de *La Prensa* como Manuel Aguirre Roca, Enrique Chirinos, Juan Zegarra Russo, Arturo Salazar Larraín.

Al año siguiente tuvo la importante experiencia de visitar Moscú, la capital de la hoy desaparecida Unión Soviética que por entonces era el antagonista principal de los Estados Unidos. Y luego pasó a conocer a China cuyo proceso socialista le causó también gran impresión.

Su intensa actividad periodística y artística no pasaría desapercibida y obtuvo dos premios más, el “Cabotín”, de periodismo y el “León de Greiff”, de Venezuela, para poetas latinoamericanos.

En enero de 1962 viaja a Cuba –junto con el poeta Alejandro Ro-mualdo– convocado a ser jurado del premio de Teatro de Casa de las Américas, y los textos que publica al retornar evidencian con claridad que su opción política es ya el socialismo. El 8 de febrero de ese año el Movimiento convocó a sus militantes a escuchar la conferencia de Sebastián, que tituló “Cuba, nuestra revolución”. En la noche del día 8 centenares de personas colmaron el viejo local del jirón Chíncha para escuchar su texto que leyó como “Carta a un Juan Cualquiera” y que comenzó diciendo:

Hace unas horas que regresé de La Habana. Estuve en Cuba como sabes, cerca de un mes. Buena parte de lo que vi y sentí en esa hermosa isla del Caribe, en donde triunfalmente se cumple la primera revolución socialista de nuestro continente, ocupará las largas páginas de esta carta...

(...)

En el Perú vivimos sitiados por la propaganda imperialista, por las informaciones de fuente norteamericana que publican los grandes diarios, por las imágenes que la televisión nos impone con su fuerza persuasiva, por la ensordecedora vociferación de la radio, por los torvos carteles que nos mete por los ojos la caótica publicidad callejera. Todo ello cons-

tituye un implacable fuego graneado, un verdadero asedio sin pausa de palabras y gráficos agresivos que sólo quien tenga una inexpugnable confianza en la justicia y la razón de la causa revolucionaria que defiende Fidel Castro puede resistir sin retroceder...

Contó de sus paseos por La Habana guiado por Juan “Cancho” Larco, sus entrevistas con altos dirigentes, no dudó en reiterar su posición: “...He vuelto del viaje a Cuba con las baterías de mi idea socialista bien cargadas, no tanto para resistir el torrente de papel, voces e imágenes calumniosas, sino para mantenerme en pie frente al sitio económico que la oligarquía, el FBI y los proyanquis de diverso pelaje decreten contra mi persona y los míos”.

La reunión terminó en escándalo porque la policía arremetió contra los que no habían podido entrar y escuchaban desde la calle gracias a un par de altoparlantes colocados apresuradamente.

Es el momento en que Sebastián decidió renunciar para sumergirse en la campaña electoral de 1962 que tenía como principales antagonistas al APRA con Haya de la Torre; y a Acción Popular aliada a la Democracia Cristiana, con Fernando Belaunde Terry.

El dramático y temprano final

“Al coraje de ser escritor en un país que no necesita de escritores, Sebastián sumó la valentía de declararse socialista en una sociedad en la que esta sola palabra es motivo de persecución y espanto” escribiría Vargas Llosa un año después de la desaparición del gran periodista.

Y es que, efectivamente, Sebastián apostó su talento a la política y la defensa ardorosa del ideal socialista, como puede leerse en numerosos artículos en *Libertad* y en otras revistas como la afamada *Marcha* de Uruguay, la americana *Monthly Review*, etc.

El Movimiento Social Progresista (MSP) se inscribió para participar en las elecciones, dijimos, de 1962 y el candidato a la presidencia fue Alberto Ruiz Eldredge. Sebastián fue designado para candidato a Senador por su enorme prestigio.

El MSP era un partido pequeño, de intelectuales prestigiosos, de clase media, urbanos, con muy pocos asociados provincianos. Cuando comenzaron su campaña organizaron mítines en provincias que tuvieron cierto éxito popular debido a su prédica socializante, aunque debían enfrentar las agresiones apristas y comunistas.

Sebastián puso la energía que tenía al servicio de la campaña y viajó al Sur Chico, por ejemplo, a liderar mítines y dirigir discursos a los ciudadanos que lograban reunir en las plazas principales. En mayo del 61, por ejemplo,

En 1962 Fernando Belaunde Terry lideraba ya Acción Popular, el partido nacido luego de las elecciones de 1956. Había sido entonces apoyado por el MSP y aunque Manuel Prado lo venció ampliamente quedó muy bien afirmado en el primer plano de la política local.

Al acercarse las elecciones, Belaunde buscó con insistencia a los progresistas del MSP para integrarlos a sus listas parlamentarias. Ningún partido tenía la calidad de aquel grupo de intelectuales entre los que descollaban los hermanos Salazar Bondy. Pero las exigencias del Movimiento fueron excesivas: reforma agraria y de la empresa, expropiación del petróleo, etc. una serie de demandas que el conservador Belaunde no podía suscribir. AP y el MSP se convirtieron en adversarios y el segundo acusó a los acciopopulistas de unirse a la plutocracia, etc.

El MSP perdió así la oportunidad histórica de participar en un gobierno prefiriendo marchar en solitario a los comicios de aquel año creyendo con optimismo que lograría un buen lugar en las cifras finales.

Pero el entusiasmo y los cálculos de sus especialistas no iban paralelos a la realidad y el resultado de las elecciones fue un golpe durísimo para ellos. Mientras que Haya de la Torre y Belaunde casi llegaron al medio millón de votos, el MSP solo alcanzó un poco más de 9 mil.

Desanimados, los progresistas se reunieron para evaluar su actuación y decidieron disolverse. Efraín Ruiz Caro, uno de los tres diputados del MSP, comentó: “Nos reunimos, evaluamos, juntamos algún dinero para pagar las deudas pendientes en el local del jirón Chincha... y decidimos cerrar la tienda. Ya no volveríamos a vernos hasta el tiempo de la Revolución dirigida por el general Velasco Alvarado”.

Se recordará que el proceso fue anulado por el golpe militar encabezado por el general Pérez Godoy y se convocó a elecciones generales para el año siguiente (con el APRA vetada).

Sebastián, y muchos progresistas más, quedaron entonces fuera de la política. Pero no del periodismo y la batalla de ideas. Francisco Igartua, que no era del MSP y que se había separado de Doris Gibson y de *Caretas*, lo llamó para fundar el semanario *Oiga*, que circuló a partir de noviembre de 1962. En la primera edición figura una extensa entrevista de Sebastián al general Jesús Melgar, ministro de Agricultura.

Volvió entonces Sebastián al periodismo político y cultural en las páginas amigas del *Oiga* liberal de entonces con el cargo de Redactor Principal.

No cesó en su actividad literaria; viajó a Japón invitado a ver el teatro *No*, pasó a México, publicó *Dios en el cafetín*, pero sobre todo logró que se publique en México su famoso ensayo *Lima la Horrible*.

En 1965 estuvo en Génova y siguió escribiendo casi frenéticamente, terminando *Ifigenia en el mercado* y *El rdbomante* (que le significará, esta vez de manera póstuma, otro Premio Nacional de Teatro).

Cuando preparaba su poemario *El Tacto de la araña* y redactaba la novela *Alfárez Arce*, *Teniente Arce*, *Capitán Arce* le sobrevino el grave ataque al hígado que acabó con su vida.

El drama ocurrió el 29 de junio. Francisco Igartua lo describió días después: “Cayó aquí. En la mesa de al lado, en su escritorio, el que fue suyo desde la fundación de *Oiga*. Cayó sobre esta máquina de escribir al terminar este renglón: “¡Qué linda sería la vida si tuviera música de fondo!”. Auxiliado por sus compañeros de trabajo alcanzó la calle. Allí le vino el vómito de sangre, luego a su casa, al hospital, la operación desesperada e inútil. Cayó luchando con su arma al lado: la máquina de escribir. Cayó en una trinchera de *Oiga*, su última trinchera”.

Volvamos a Vargas Llosa para un elogio final:

...Los homenajes que se le rindieron, la conmoción que su muerte causó, las múltiples manifestaciones de duelo y de pesar, esas coronas, esos discursos, ese compacto cortejo, son el toque de silencio, los cuarenta cañonazos, las honras fúnebres que merecía tan porfiado y sobresaliente luchador.

¿Cuánto publicó Sebastián, en artículos, libros, antes de su desaparición? En teatro se registra *Pantomimas* (1950), *Rodil* (1952), *El de la valija* (1953), *No hay isla feliz* (1954), *Algo que quiere morir* (1956), *Seis Juguetes* (1958), *El fabricante de deudas* (1964), *Ollantay* (1965).

En poesía *Rótulo de la esfinge* (1943), *Voz desde la vigilia* (1944), *Cuaderno de la persona oscura* (1946), *Máscara del que duerme* (1949), *Tres confesiones* (1950), *Los ojos del pródigo* (1951), *Confidencia en alta voz* y *Vida de Ximena* (1960), *Conducta sentimental* (1963). Su poemario *El Tacto de la Araña* fue publicado póstumamente en 1965, pocos meses después de su muerte.

En narrativa *Náufragos y sobrevivientes* (cuentos, 1954), *Pobre gente de París* (1958), *El señor gallinazo vuelve a Lima* (cuento para niños, 1961), *Dios en el cafetín* (cuentos, 1964). Su novela inconclusa *Alférez Arce, Teniente Arce, Capitán Arce* fue publicada póstumamente en 1969.

En ensayos *Cuba, nuestra revolución* (1962), *Lima la horrible* (1964). Y sobre arte: *Arte milenario del Perú. Láminas y textos reunidos por Sebastián Salazar Bondy* (1958), *Del hueso tallado al arte abstracto* (1960) y *Cerámica peruana prehispánica* (1964).

En la zona de publicaciones en revistas, periódicos y antologías su producción fue copiosa y merece destacarse su *Antología general de la poesía peruana* que compartió con Alejandro Romualdo Valle, publicada en 1957.

Respecto de sus publicaciones en diarios y revistas, Hirshchorn plantea la hipótesis de que Sebastián quizá hubiera preferido, como lo dijo alguna vez José Carlos Mariátegui, no agotar esfuerzos en la cotidianidad de la redacción : "... privilegió el artículo periodístico no porque fuese su vía preferida sino porque tenía que ganarse la vida" aunque puntualiza más adelante que "las columnas de los periódicos le permitieron ejercitarse plenamente en la escritura, hacerse conocer y sobre todo son el mejor medio de análisis que sea asequible a la mayoría, permitiendo también expresar sus ideas sobre la vida política". Y añade en una nota al pie: "Un escritor peruano no puede vivir de su pluma".

Quizá obvia el distinguido biógrafo la cuestión de la vocación temprana que, unida a su precocidad, lo llevaron a las redacciones de los periódicos: "... afirmé la conciencia de que mi vocación [por la literatura. Nota Mía] era una vocación profunda, era un oficio que debía ejercerse como oficio y que me permitió abandonar, con toda la posesión del acto que realizaba como una liberación, abandonar la Facultad de Derecho, a la que me condenaba la rutina".

En suma, escribir era su vocación y no solo para la creación, como hemos visto, encontrando en el periodismo el terreno ideal para hacerlo y eligiéndolo como modo de vida. Hay muchos escritores que viven de su pluma con holgura y que sin embargo no abandonan el periódico porque éste es una caja de expresión y de resonancia con virtudes que no posee la literatura.

Usando su nombre o los seudónimos Diego Mexía, Juan Eye, Diego Mirán, Pepe Chacarilla o sencillamente S.S.B., Sebastián publicó más de dos mil artículos en los periódicos *La Prensa*, *La Nación*, *El Comercio*, *Libertad*, *La Gaceta*, *Caretas*, *Oiga*, *Clímax*, *Espacio*, *Moradas*, y otros.

Su visión del arte y la importante discusión que planteó sobre la pintura abstracta ha sido recogida en un volumen que recopila columnas especializadas sobre tendencias y artistas.

Están todavía pendientes recopilaciones de sus textos sobre periodismo, dramaturgia y política, sobre todo en los últimos años en que apostó con decisión por el socialismo. La Universidad de San Marcos ha publicado sin embargo una antología en el 2003 y ese mismo año la revista *Letras* en su sección “Rescates” ofreció el texto “Cuba, nuestra revolución” que ya hemos citado antes.

Podría preguntarse y con razón, a qué se debe la vigencia de este peruano notable luego de tantos años de su desaparición. La respuesta está en aquella palabra justamente, su vigencia. Cuando se lee sus afirmaciones, análisis, ensayos parecería que se trata de composiciones redactadas ayer y publicadas hoy.

Los ejemplos sobran, pero leamos algo de “Lima la horrible”, en que Sebastián auscultó a nuestra capital en 1964:

Hace bastante tiempo que Lima dejó de ser –aunque no decaigan los enemigos de la modernidad, la cual, sin embargo, ha otorgado aún a nostálgicos y pasatistas sus automóviles, sus transistores, sus nylons, etc.– la quieta ciudad regida por el horario de maitines y ángelus, cuyo acatamiento emocionaba al francés Radiguet. Se ha vuelto una urbe donde dos millones de personas se dan de manotazos, en medio de bocinas, radios salvajes, congestiones humanas y otras demencias contemporáneas, para pervivir. Dos millones de seres que se desplazan abriéndose paso...

Sebastián escribió poco de sí mismo y solo lo hizo en circunstancias especiales. Como por ejemplo la indignación que le produjo cuando, al recibir un premio literario, un periodista le dijo “Estás en tu lugar... en la literatura”.

En esa época estaba más en la política y redactó entonces el artículo “La política como un deber”, del que leeremos una parte:

... Me equivoqué al principio, lo reconozco. Reconozco mis errores porque esa es una manera de salvarse. Pero siempre estuve con las causas

que creí nobles: contra la dictadura, contra el sistema capitalista, contra lo que funda el miedo y la disolución (la miseria, la guerra, la indiferencia egoísta, etc.). Luché por Bustamante y Rivero, pedí la amnistía de los desterrados y perseguidos (guardo una carta de Manuel Seoane en que me agradece un artículo publicado al respecto durante el gobierno de Odría), reclamé reiteradamente donde pude una mejor organización social y económica. Cuando la dictadura asaltó “La Prensa” en donde yo trabajaba sin haber abandonado en ningún momento el social-progresismo al cual pertenecí desde su fundación (1955), fui a la cárcel enfrentándome con los soplones cara a cara (lo consignó “Caretas”) y escribí pidiendo la libertad de Beltrán. En ese artículo, desafiante para el gobierno de época, expresé meridianamente que era, como sigo siendo, izquierdista...

(...)

La literatura me ha dado muchas satisfacciones y me las sigue dando. El Perú, América Latina, el mundo hambriento, son para mí, sin embargo, motivos que justifican que continúe en la creación y esté, a la vez, en la trinchera política. Mi conciencia está tranquila. Miro con la frente alta y diviso en el horizonte el advenimiento de un mundo socialista humanista de paz, bienestar y progreso.

Referencias bibliográficas

- GACETA SANMARQUINA (1965). Homenaje a Sebastián Salazar Bondy. N.º 14, julio de 1965. Lima: Facultad de Letras, UNMSM.
- HIRSCHORN, Gerald (2005). *Sebastián Salazar Bondy. Pasión por la cultura*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. IFEA. Embajada de Francia.
- REVISTA LETRAS (2003). Órgano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, N.º 105-106, Lima.
- REVISTA OIGA. Lima: N.º 132. 9 de julio de 1965.
- OVIDO, José Miguel. “Sebastián. Su vida tras su muerte”. En *El Comercio*. Suplemento *Dominical* N.º 331. 24 de junio de 2005, Lima.
- SALAZAR BONDY, Sebastián (1964). *Lima la Horrible*. México: Era.
- SALAZAR BONDY, Sebastián (1966). “Sebastián Salazar por él mismo”. En *El Tacto de la Araña*. Lima: Francisco Moncloa Editores.
- SALAZAR BONDY, Sebastián (1990). *Una voz libre en el caos. Ensayo y crítica de arte*. Lima: Jaime Campodónico Editor.
- SALAZAR BONDY, Sebastián (2003). *Escritos políticos y morales (1954-1965)*. Lima: Fondo Editorial.